

LA HOSPITALIDAD

1) ABECA

*P. José Ma. Martínez, osb.
Abadía de San José del Ávila
Caracas*

Trataremos de resumir brevemente los conceptos y los pareceres más relevantes que se desprenden de las respuestas al cuestionario sobre la hospitalidad distribuido entre los representantes de los monasterios de la ABECA que han hecho acto de presencia en el Tercer Encuentro Monástico Latinoamericano.

En primer lugar hemos de decir que son pocos los monasterios de la ABECA que disponen de una hospedería propiamente dicha. Lo cual significa que la tradicional institución de la hospitalidad en el área monástica del Caribe y de los Andes está todavía en vías de desarrollo, en pañales. Sin embargo, y en contrapartida, hay que señalar que existe una sensibilidad muy acentuada por todo lo que sea hospitalidad y acogida de huéspedes. Son varios los monasterios y casas religiosas benedictinas que proyectan en estos momentos edificar y promocionar su propia hospedería. Tal es el caso de Humacao, El Rosal y Usme. Por lo demás, inclusive en aquellos monasterios que no disponen de una hospedería propiamente dicha, se ejercita la tradicional “consuetudo” de la acogida de huéspedes. Casi todos los monasterios disponen de una o varias dependencias intermonasteriales para acoger a los monjes. El monje no es un misántropo.

En este sentido varias de las respuestas se refieren explícitamente al Cap. 53 de la Regla de san Benito, donde se enfatiza el carácter sagrado de la hospitalidad. Recibir a un huésped es recibir al mismo Cristo, se señala. Particularmente, este servicio monástico de la acogida de huéspedes tiene como destinatarios preferidos a los pobres e indigentes, si bien hay que subrayar el hecho de que los que se benefician preferentemente de nuestra acogida son por el momento sacerdotes y religiosos o religiosas.

En cuanto al carácter que debe revestir nuestra hospitalidad, una de las respuestas señala acertadamente que debe hacerse hincapié en las facetas cualitativas, más que en las cuantitativas. Aquí estribaría la diferencia básica de nuestras hospederías con las hoy tan frecuentes casas de retiro. La recepción de un huésped, se dice en una de las contribuciones, exige una preparación y un ambiente particular, sea en el monje, sea en la comunidad que acoge. De aquí que a juicio de la misma persona, el número de huéspedes no debe superar nunca, en línea de principio, el número de monjes, y esto para salvaguardar una atención y un contacto auténticamente personales.

A la pregunta de “¿cómo se puede expresar la vida monástica a través de una hospedería?”, varias respuestas sugieren la importancia de un contacto personal que tenga en cuenta el testimonio de nuestros valores más peculiares y específicos. Así, por ejemplo, la oración, sobre todo la oración litúrgica (alguien habla, inclusive de una hospitalidad litúrgica), y la atmósfera de silencio que favorece el encuentro personal y comunitario con Dios. Sobre todo el valor del silencio es algo a tener muy en cuenta. En un mundo de ajeteo, de disipación, de ruido, de búsqueda incesante de sensaciones puramente materiales, el silencio, la serenidad interior y la paz, en una continua referencia a la Palabra de Dios, son tesoros inapreciables. Alguien señala a este respecto: “Debemos ofrecer un lugar y un ambiente donde el hombre pueda, por decirlo así, “recargarse”, –oxigenarse, añadiría yo–, tomar aliento, llenar la vaciedad que deja la vida moderna para volver a sus labores diarias con nuevas ganas de luchar y seguir adelante. El papel que desempeñarían nuestras hospederías sería algo así como una especie de pulmones espirituales. Otra de las respuestas se expresa en los siguientes términos: “Creo que la principal irradiación de nuestras hospederías sería la de permitir a los huéspedes participar de

nuestros valores espirituales, en particular de la paz y del silencio que son, de por sí, el fruto de una orientación hacia Dios. En este sentido, debería ayudar a nuestros huéspedes, cualquiera que sea su vocación, a vivir más plenamente la presencia de Dios y a basar su escala de valores en Dios”.

Esta búsqueda de un ambiente de silencio y de paz, está del todo justificada, bien que, ateniéndonos a la exposición de Mamerto Menapace, podría parecer que supone principalmente una cierta evasión y una búsqueda de lo que él denomina la falsa paz. Ciertamente, es justo reconocer que no se detiene en este punto todo lo que un monasterio puede ofrecer a sus huéspedes. Existen otros valores, como la oración monástica, la experiencia de Dios, el compromiso personal y la experiencia de vida comunitaria, aspectos hacia los cuales muestran una particular sensibilidad muchos de nuestros contemporáneos. Todo esto debe proyectarse dentro de un marco de equilibrio sano y equitativo, que tenga en cuenta uno de los principios fundamentales de nuestra Regla, a saber, el balance entre oración y trabajo.

Se constata también que en nuestras hospederías no solamente se da y ofrece, o se debe dar y ofrecer, sino que de hecho se pueden recibir muchas aportaciones de las personas que nos visitan.

Para terminar, quisiera llamar la atención de todos mis hermanos y hermanas, en relación con un principio metodológico y práctico, que juzgo de suma importancia en las consideraciones que nos ocupan. “Nadie da lo que no tiene”. “Nadie es capaz de dar lo que no tiene”. Solamente en la medida que vivamos la paz interior, la escucha de la Palabra, la oración como diálogo y encuentro, la fraternidad y el trabajo, solamente en esa misma medida podremos transmitir a los demás, contagiar, podríamos decir, los valores de la vida que profesamos.

2) *CONO SUR*

P. Max Alexander

Monasterio de Sta. María

LOS TOLDOS (B)

LAS PARADOJAS DE LA VIDA MONÁSTICA

De las 18 comunidades que componen el **CONO SUR** sólo 10 respondieron. Lo que sigue tratará de reflejar dichas respuestas:

Dice Dom Delatte que si bien una hospedería no es esencial, es inimaginable un monasterio sin ella. Ahora bien, como toda realidad vital católica, la vida monástica y su dimensión de acogida consiste en una armonización de contrarios (*compositio oppositorum* diría S. Tomás): armonización del silencio y del hablar; de obediencia y libertad; de humildad que lleva a las cumbres de la caridad; de una virginidad fecunda; de una indigencia que es riqueza; de una clausura que es apertura; de un morir para resucitar y, finalmente, de una soledad fraternal y amistosa y de un saberse huésped de Dios (el gran Hospedero), que recibe en Cristo a todo huésped. El monje se sabe acogido y por eso es acogedor. El “suscipe me, Domine, secundum eloquium tuum...”, que todo monje pronuncia en su profesión se podría traducir como: “Hospédame Dios mío según tu promesa...” porque “soy huésped tuyo, forastero como todos mis padres” (*Sal 38 [39],13-14*); de ello es “sacramento” en todo monasterio la hospedería, por eso san Benito hace ir a sus monjes al oratorio, junto con los recién llegados para cantar: “Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui” (*Sal 47,10; RB 53,14*) (Hemos recibido, acogido, hospedado, tu misericordia –amor–*hesed*– sacramentalmente, al recibir–hospedar al huésped). **EL QUE TODO LO RECIBE, A TODOS RECIBE. EL MONJE ES UN ACOGEDOR/ACOGIDO, UN HOSPEDADO/HOSPEDADOR.**

HOSPEDAR PERSONAS, PERSONALIZADAMENTE

Todos los monasterios subrayan en la encuesta que se trata siempre de armonizar el número de huéspedes con el número de miembros de cada comunidad. ¿Por qué esto? Porque se trata de no manosear a los huéspedes, de recibir a cada uno como persona.

a) Dar la mano al huésped:

En cada comunidad sólo unos pocos dan la mano al huésped apenas llega, toman su valija y lo conducen hacia el santuario de su encuentro con Dios Padre. Otras muchas manos comunitarias y monásticas, sin embargo, han preparado con cariño la pieza, los libros de oración, la comida, etc., etc. Toda la comunidad da así, monásticamente, la mano al huésped; ofrece su trabajo, su alegría, su cansancio, se hace camino para el único Camino que es Verdad y Vida que conduce hacia la hospedería del Padre en la cual hay muchas habitaciones: una para cada uno de nosotros.

b) Boca que habla y oídos que escuchan:

Es también la comunidad toda la que habla y escucha, la que calla y responde. Todas las comunidades quieren integrar al huésped en su silencio–hablante (parlante). Una comunidad monástica es “pentecostal” en el sentido de que trata de eliminar los ruidos parásitos de la Babel que todos llevamos dentro, pues a partir del primer Pentecostés el Espíritu Santo nos regala hablar el mismo idioma con sobria ebriedad. Por eso mismo, así se desprende de la encuesta, nuestros monasterios quieren integrar al huésped en su silencio, evitando la charlatanería. Por ello sólo el superior y algunos monjes hablan y escuchan al huésped. También aquí, valga la paradoja, toda la comunidad es la que habla y escucha, pues toda ella trata de hablar y escuchar a Dios. Por ser el monje un escuchante/escuchador hace la comunidad silencio posibilitando que cada uno, integrado en el silencio de la comunidad perciba la voz de Dios. Los monasterios son mero silencio, mera pausa en la música de Dios. Dicen los que entienden de música, –yo no cuento entre ellos– que toda música está compuesta de silencios y sonidos. Cuando no hay silencio sólo se perciben ruidos que ensordecen. En esa sinfonía inconclusa que es la Historia de la Salvación hasta que Cristo sea todo en todos, los monasterios son, también a través de sus hospederías, mero silencio. Saben que la música sólo la ejecuta el Padre en Cristo por el Espíritu.

c) Ojos que vean y corazón que sienta:

El carozo, el meollo, de la acogida monástica consiste en llevar a cada uno a su centro, a su corazón. Tenemos un dicho en castellano: “Ojos que no ven, corazón que no siente”. En la Argentina se dice que el que no mira a los ojos de su interlocutor es taimado, hipócrita o tiene algo que esconder. La comunicación de una experiencia de Dios es algo delicadísimo que se desvirtúa fácilmente. Es desde esta dimensión que las comunidades, tanto masculinas como femeninas, cada una según su índole, entienden la clausura. Se trata de una intimidad, una experiencia cordial celosamente protegida a fin de poder ser compartida. ¡Valga también aquí la paradoja! Algunas de las comunidades comentaban que el huésped se siente obligado por esos ojos de monjes y monjas que no le hablan pero que le sonríen al pasar, comunicándose con la profundidad de la mirada, con la hondura de su alegría pascual. A este respecto decía un abad visitador: “Antes de comenzar cualquier visita canónica, paso las primeras horas observando a los monjes, si estos me miran a los ojos y al pasar me saludan con una sonrisa, sé que dicha comunidad puede tener dificultades o problemas, pero sé también que su carozo es sano, que su corazón reposa con Cristo en Dios”.

Manifestación, “sacramento”, de ese mirar a los ojos y al corazón, es en toda comunidad el compartir con los huéspedes la comida (eso en los masculinos), y lo que es más importante, la oración (*Opus Dei* que Él hace con nosotros, pues se trata de un genitivo místico, como lo llama Hausherr) y la Eucaristía. Un comentario frecuente de nuestros huéspedes suele ser: “la Misa conventual tiene un no sé qué que la hace peculiar, distinta... que me hace sentir la presencia real, realísima, de Cristo, en el Pan, en la Sangre, en la Palabra, en los monjes y en mi propio corazón”.

Salvaguardando esta acogida cordial las comunidades con su clausura–abierta tratan por todos los medios de no crear barreras. Esto, por ejemplo, se manifiesta a través del deseo de no “comercializar” la hospedería. Según la encuesta nadie fija precios o exige contribuciones a los huéspedes y en la

medida de lo posible la hacen gratuita de modo que nadie deje de ser recibido por cuestiones de dinero.

Igualmente se está abierto a recibir a todos, sean de la raza, religión o clase social que sean. Ahora bien, muchas comunidades constatan que a pesar de ello los pobres, los obreros y campesinos que llegan son escasísimos. Tal vez sea aplicable aquí, *mutatis mutandis*, lo que de la catequesis decía nuestro llorado Juan Pablo I: “lo que entienden los más sencillos también lo entienden los más preparados; pero lo inverso no es cierto”.

Esto nos plantea un desafío: lograr comunitariamente una “vida simplex” de modo que nada haga que los sencillos y pobres se sientan incómodos en la casa de Dios.

CONCLUSIÓN:

Se podría decir, concluyendo, que nuestras comunidades monásticas quieren compartir todo lo que son y lo que tienen. Pero el compartir monástico, también a través de la hospedería, es peculiar y específico. La mejor forma de describir este compartir que se me ocurre, –y conste que no tengo mucha imaginación–, es el siguiente: se trata de un compartir evocador, poético, experimental del Padre en Cristo. ¡Me explico! Una comunidad monástica no sólo comparte el pan, el techo, la palabra y los gestos, sino que quiere transmitir una profunda experiencia de Dios. Esto no se hace a través de ideas sino mediante una vida que gira toda ella alrededor del Misterio Pascual (¡La mayor paradoja cristiana!). Se trata de ser una comunidad que se deje atravesar el corazón para que de él brote sangre y agua, afirmando ser así testigo veraz que palpa con las propias manos al Verbo de Vida, lo ve con los ojos y lo escucha con el oído del corazón, comunicándolo a todos los huéspedes para que el gozo y la comunión sean completos y totales. Refiriéndose san Agustín a que no todos los monasterios en el África de su tiempo tenían la costumbre de lavar los pies a los huéspedes, comenta “Quod manu non faciunt, corde faciunt” (*In Joh* 58,4). Pienso que también nuestras comunidades, lo que no hacen con la mano, tratan de realizarlo con el corazón.

3) CIMBRA

María Cruz, osb.

Nossa Senhora da Paz

Brasil

COMO E VIVIDA A HOSPITALIDADE NOS MOSTEIROS BRASILEIROS

Para nós, a hospitalidade quer ser primariamente uma maneira de viver o Evangelho. (“Fui hóspede e me recebeste”, *Mt* 25,35) e a Regra (“Todos os hóspedes que chegarem ao mosteiro sejam acolhidos como o próprio Cristo” RB 53).

Nós a consideramos também como um meio de apostolado, como um modo de integração do mosteiro na realidade do mundo de hoje, como um serviço à Igreja local e como enriquecimento espiritual dos hóspedes e dos monges.

A quem recebemos

De um modo geral recebemos os familiares, amigos e vizinhos, padres, religiosos ou leigos que desejam fazer retiro ou participar de nossa oração, assistir a conferencias ou a aulas dadas no mosteiro, pessoas necessitadas material e espiritualmente e, enfim, possíveis candidatos que desejam conhecer a vida monástica.

Honrar todos os homens (RB)

Imersos num mundo conturbado por pressões injustas, pelo desrespeito dos direitos humanos, por discriminações ideológicas, nossos mosteiros desejam ser lugares em que o respeito pela pessoa do outro, pelas suas convicções, seja algo de sagrado. S. Bento nos exorta a honrar todos os homens. Isso pede de nós amor, acatamento pela personalidade e liberdade de cada um.

Pensamos que, para poder acolher todos os homens, é preciso que o mosteiro não tenha nenhum comprometimento político. Poderá então abrir suas portas a qualquer pessoa, seja qual for a sua ideologia, pelo simples fato de ser pessoa. Evidentemente tal acolhida não significa identificação com o seu modo de pensar. O Mosteiro do Encontro, por ex., recebeu pessoas que procuraram o Mosteiro como asilo, para fugirem à prisão política, e conseqüentemente, às torturas. A comunidade toda sabia quem estava acolhendo e assumiu as possíveis conseqüências. Sabemos entretanto como é difícil discernir entre os que estão realmente em perigo e precisam uma ajuda, dos que desejam comprometer o mosteiro ou usá-lo como lugar de encontros clandestinos, com fins políticos, etc.

Como o nosso povo simples vive a hospitalidade

Em geral o povo brasileiro é amável e hospitaleiro, simples e de coração aberto a Deus e ao próximo. A maneira de acolher varia entretanto com as diversas regiões.

Em S. Paulo a hospitalidade é bastante fria. É uma cidade intensamente industrial, para onde convergem grandes grupos humanos em busca de trabalho. Tais massas humanas dirigem-se à periferia da cidade onde se abrigam como podem, ajudadas por parentes e amigos. Tal fato gera, na maioria das vezes, a promiscuidade, o vício, o crime. E sendo a cidade de S. Paulo constantemente abalada por assaltos e violências, o paulista em geral é desconfiado. E em geral, como todos os membros das famílias trabalham ou estudam fora de casa, as possibilidades de receber hóspedes são pequenas.

Já o nordeste vive a hospitalidade de um modo admirável e por vezes heróico. Quem chega é bem acolhido e com ele se reparte o que se tem. É muito comum ter à mesa um só prato de feijão, e, desse único alimento, se vão tirando pequenas porções para os que chegam. “Água no feijão que chegou mais um...” É inexistente o problema de não se ter lugar. Sempre arranjam cama, rede, esteira ou chão duro. Tudo é partilhado, inclusive a intimidade, a vida, as fraquezas. A dimensão de sua fé e de sua religiosidade perpassa sua hospitalidade. As vezes convidam-se mutuamente a prolongar a visita numa “reza”, numa novena, num terço...

A hospitalidade mineira é célebre e há expressões populares que refletem bem isso “Onde comem dois, comem tres”.

No sul do país a hospitalidade é calorosa, confiante, e o chimarrão tomado em comum, estabelece logo aquele clima de intimidade, no qual as amizades se consolidam.

Como poderíamos viver hoje, em nossos mosteiros, esses valores de hospitalidade que são normais em nossa cultura popular?

A vida monástica supõe um clima de silêncio, de solidão, de oração e de trabalho que torna diferente a maneira de se receber o hóspede,

Procuramos receber com amizade, alegria, confiança, respeito, mas não poderíamos receber com tanta intimidade como nas famílias. Haverá sempre uma certa separação, uma privacidade, que surge como necessidade vital para a vida monástica.

Também, não poderíamos receber um número de hóspedes superior às possibilidades de atendimento dos monges, pois isso acarretaria acúmulo de trabalho e agitação, tornando o ambiente pouco favorável ao silêncio e ao contacto com Deus.

Em um outro mosteiro do Brasil toda a comunidade assume a hospitalidade e embora haja alguns monges responsáveis pela hospedaria, todos os monges se revezam no atendimento. Mas de um modo geral, pensamos que deveríamos nos conscientizar mais da necessidade da comunidade toda estar aberta às exigências da hospitalidade, e não apenas os encarregados.

Percebemos que é preciso ter um certo discernimento em relação às pessoas que desejam hospedar-se no mosteiro. Não se trata de fazer acepção de pessoas, mas de saber porque nos procuram. Se são turistas, o mosteiro não seria o lugar adequado. Mas se sentem o desejo de encontrar o Senhor, de gozar de um ambiente favorável à oração e a uma intensificação de sua vida crista, podemos dizer com humildade, mas com verdade: “Vinde e vede”. Há ainda o caso de pessoas que procuram o Mosteiro não em busca de um ambiente religioso, mas porque precisam de um lugar onde se possam hospedar gratuitamente, enquanto procuram um emprego, fazem um tratamento médico, etc. Já temos aberto as portas dos mosteiros para tais casos, mas cremos que há ainda muito a fazer nesse sentido. Cremos que não podemos ficar apenas com a nossa forma tradicional de hospitalidade, recebendo pessoas que desejam o clima de espiritualidade do mosteiro, mas devemos procurar novas formas de hospitalidade, aptas a responder as exigências da caridade, como se manifestam hoje.

Na recepção dos hóspedes nossos mosteiros não fazem distinção entre ricos e pobres – todos são recebidos de igual maneira e nos mesmos ambientes. S. Bento fala que os pobres deverão ser recebidos com solicitude particular por ser mormente na pessoa deles que se recebe o Cristo. Entretanto temos que constatar que, em geral, os nossos mosteiros recebem em maior número pessoas de classe média. Quais seriam os motivos? Pensamos que há todo um caminho de conversão a ser percorrido por nós, no sentido de oferecermos aos pobres um ambiente despojado, de alguma maneira semelhante ao deles, e de nós mesmos nos tornarmos humildes e simples para podermos compreender sua linguagem e sua vida, e assim criar laços de amizade.

Há ainda o problema dos pobres que se acham totalmente abandonados, na miséria ou marginalizados. O auxílio que prestamos tem procurado ser mais promocional do que paternalista. Alguns mosteiros promovem cursos que permitem aos pobres aprender uma profissão com a qual poderão ganhar a vida.

No Brasil os pobres são profundamente solidários na dor e na alegria. Assim por ex., se alguém tem sua casa danificada pelas chuvas, os vizinhos e amigos se reúnem e fazem o que chamamos de “mutirão”. Cada um oferece seu trabalho de graça, nas horas livres, para a construção ou reconstrução da casa. É realmente impressionante.

Alguns de nossos mosteiros tem procurado solidarizar-se, mesmo materialmente, com os mais necessitados. Assim, por ex., em Olinda, surgiu a “Vila de Bento”: o mosteiro cedeu um terreno e mais alguma coisa, e os futuros habitantes construíram suas casas graças a um mutirão de mão de obra.

Vamos assim tentando assimilar o que existe de válido nos costumes de nosso povo, e procuramos dar-lhes também o que temos de melhor – o testemunho de uma vida cujo centro é Deus.

O que nossos mosteiros tem procurado dar aos hóspedes como valores especificamente nossos

1. Um clima de silêncio, de paz, de contacto com a natureza que favoreçam um encontro pessoal com Deus.
2. Nosso interesse fraterno, que nos faz assumi-los em nossa oração e interceder por eles junto a Deus.
3. O testemunho de uma vida consagrada ao serviço do Senhor, e de amor fraterno em comunidade.

4. Nossa disponibilidade para atendê-los e ajudá-los em suas dificuldades.
5. A possibilidade de partilharem dos estudos, aulas e conferências da comunidade.
6. E finalmente, a participação em nossa vida de oração. Alguns mosteiros tem procurado fazer com que os hóspedes participem da celebração da Liturgia das Horas, cantando e mesmo alternando os salmos com o coro dos monges. Essa participação é preparada por aulas sobre o sentido dos salmos e ensaios das partes a serem cantadas.